

en el centenario de rodó



—¿QUÉ conciencia tenía Rodó del imperialismo de Estados Unidos?

—Creo que, en *Ariel*, cuando aún la palabra imperialismo no había logrado auge cabal, resalta la milicia de Rodó contra la expansión avasallante de EE.UU. El uruguayo quiso, ante todo, asegurar la custodia consistente del propio carácter o "genio personal" o alma o ser colectivo: como básica fianza de inmunidad frente a la penetración estadounidense. Ese afán de garantizar la independencia espiritual y moral de nuestra América —insisto—, era hito previo para asegurar la independencia económica y política de estos pueblos contra la absorción agresiva o solapada del Norte prepotente. Eso escribí años atrás: por ejemplo, en mayo de 1967 (*Cuadernos de Marcha*, nº 1, págs. 18 y 19). Mi aserto halló confirmación en palabras difundidas varios meses después (en diciembre de 1967) y puestas por un testigo en labios del propio Rodó: "Yo también he querido combatir el imperialismo del gran pueblo norteamericano [...]. Defender nuestra idiosincrasia, nuestra personalidad, es defender nuestra independencia" (Vide *Juan María Lago, abogado del 900*, por Julio Lago, Montevideo, fecha cit., pág. 39).

Antes de repasar otros textos de nuestro escritor, posteriores al 900, veamos aún en *Ariel*, brevemente, cómo se apuntan con inequívocos términos la condición y el imperialismo en potencia o en acto de EE.UU. En la invocada parte quinta del discurso de Próspero, entre muchas precisiones afines acerca del país que era máxima encarnación del verbo utilitario, Rodó anota, mirando a las entrañas del monstruo, como diría Martí: "La influencia política de una plutocracia representada por los todopoderosos aliados de los trusts, monopolizadores de la producción y dueños de la vida económica, es, sin duda, una de las razones mercedoras de interés en la actual fisonomía del gran pueblo. La formación de esta plutocracia ha hecho que se recuerde [...] el advenimiento de la clase enriquecida en los últimos tiempos de la república romana [...]. Y, en seguida, abstrayendo una imagen representativa de esa cruel civilización, el uruguayo se refiere "al struggle-for-lifer osado y astuto, convertido por la brutal eficacia de su esfuerzo en la suprema personificación de la energía nacional [...]."

Sí, en *Ariel* no se halla la palabra imperialismo, que tampoco se hallará, cuatro años más tarde, en el vibrante apóstrofe de Rubén Darío "A Roosevelt". Pero es obvia: por la expuesta finalidad del opúsculo (defender la unidad y la autonomía de nuestra América); por la etopeya —pujante aunque sin odio— del vecino calibanesco y amenazador; por las singularidades con que éste es presentado, entre ellas la antevista privanza de una plutocracia rampante y la violenta "personificación de la energía nacional". Asimismo, y ello importa una decisiva prueba pragmática, por el efecto de la obra. El efecto, sí. Hace años, el hondureño Rafael Heliodoro Valle (tengo entre mis papeles el suyo), me comunicó la afirmación tajante de un célebre general mexicano: "Ariel, para la América Latina, ha superado, como fuerza de autodefensa y reivindicación profunda, al más poderoso de los ejércitos". El efecto, pues, explica el memorable, inigualado impacto de la obra en la conciencia de nuestra América.

Todo esto, pese a un José de la Riva Agüero —a quien refutó Unamuno haciendo el elogio de *Ariel*— y a sus epígonos apristas, descubre la extraordinaria eficacia antimperialista de la inmensa parábola rodoniana. En muchos trabajos ulteriores, el

autor reasumió el tema: sin tanta resonancia, pero en forma aun más explícita. Son conocidas sus conclusiones, que Ardao, Benedetti, Petit Muñoz, algún otro y yo mismo examinamos o glosamos en más de una oportunidad. Así, en *Caras y Caretas* (25/VIII/906), Rodó sostuvo que la de EE.UU. era "una política de usurpación y despojo". Así, en una página suelta, "La voz de la raza", escrita a raíz de la primera guerra mundial, se pronuncia contra "los imperialismos absorbentes". Así, en un artículo de "La Razón", que me tocó exhumar en 1947, "La causa de Francia es la causa de la humanidad" (3/IX/14), denunció la coalición posible de "un imperialismo nacional europeo" con "aquel otro imperialismo americano" que hallará la "oportunidad de afirmar sin reparos", favorecido por el del Viejo Mundo, su pérfida actitud protectora. Y hay todavía un editorial de "El Telégrafo", titulado "Cuestiones internacionales - Intervención en México?" (4/VIII/915), que muestra —como la ligereza de las objeciones corrientes— la aguda conciencia política de Rodó. (Aclaro, ante todo, que esa página periodística —sin firma, dada su índole— le pertenece irrecusablemente, no obstante las vacilaciones de calificados críticos: se halla entre los recortes de su cosecha que el autor puso en una caja rotulada por su propia mano y se conserva entre los materiales por mí clasificados y dispuestos cuando organicé el archivo del autor. En el texto, con notable y clarividente sobriedad, Rodó fija el absoluto derecho de los pueblos a la autodeterminación y rechaza el hipócrita designio de entrar en casa ajena, como —una vez más— quería EE.UU., entonces con el pretexto de poner coto a la revolución mexicana. Y dice el autor en el comienzo —preterido; igual que el final, por el compilador de las O.C.— que el gobierno estadounidense había indicado, a los representantes de las naciones latinoamericanas, la conveniencia de "intervenir en la lamentable situación interna de México y procurar una solución [...]. De ese modo, no sin aludir a los complejos "intereses morales y materiales en juego" implícitos en la propuesta yanqui, Rodó sostiene: "En principio, toda intervención extranjera en asuntos internos de un estado soberano [...] debe excluirse y repudiarse con resuelta energía [...]. Aceptar transacciones o condescendencias en la aplicación de ese principio, significaría un gravísimo precedente, que debería alarmar a las naciones de escasa extensión territorial, condenadas —si ese criterio quedase autorizado— a la afrenta de las intervenciones de afuera, siempre que la apreciación, justa o injusta, de sus vecinos poderosos, creyese llegada la oportunidad de inmiscuirse en sus querellas internas. La política internacional de los Estados Unidos del Norte tiene antecedentes conocidos, en cuanto a su injerencia en las cuestiones domésticas de los pueblos de este continente." En seguida, Rodó advierte a nuestros pueblos sobre esa "orientación histórica de la política norteamericana", a fin de que no colaboren en el advenimiento de "una tutela protectora y filantrópica de los fuertes y ordenados sobre los débiles y revoltosos". (Reasume un argumento hecho un año antes, en "La causa de Francia es la causa de la humanidad", sobre "aquel imperialismo americano", empeñado en desmantelar soberanías, protegiéndolas.) Recuerda, luego, las "intervenciones de semimascaradas, como en Cuba y Panamá", que realizó "válida de la superioridad de su fuerza" la nación del Norte, y aun su "intervención constante y encubierta" en otros países hispanoamericanos. Eso, comenta Rodó, no apareja balón para los dé-

biles; sí, lo aparejaría ahora "el asentimiento expreso y la colaboración complaciente de los propios pueblos de la América Latina [...], aberración que jamás podría disculparse [...]. Y concluye expresando que, si son aceptables "los buenos oficios", debe impedirse que "se traspase en lo más mínimo la línea que separa estas intervenciones amistosas de aquellas imposiciones deprimentes".

Corto. Lo comentado corrobora la trascendencia ejemplar de Rodó en el ejercicio de su milicia hispanoamericana. El uruguayo respondía a un imperativo ideal, que acató sin extrañarse del mundo ni de la realidad inmediata. Quiere lucidez para estos pueblos. Y los incita a conocerse, a concientizarse —conforme a un verbo de última hora—, y asumir, en la plena independencia espiritual, la plena independencia económica y política, lo reitero, a fin de contener los desmanes del imperialismo y extirpar su servidumbre de gorilas.

—¿CÓMO definiría el arielismo y el proteísmo?

—Asociados a las obras fundamentales, la de 1900 y la de 1909, surgen dos principios que valen —excúsese la imagen— como alas del pensamiento egregio: arielismo y proteísmo.

¿Arielismo? No cabe definirlo como L. A. Sánchez en una obra ya vieja, *Balance y liquidación del 900*, hoy necesitada de síndicos literarios que verifiquen y renueven las operaciones del rótulo. Por arielismo debe entenderse el principio de idealidad que Rodó supone atributo necesario y ennoblecedor de la existencia humana individual y colectiva. Desde luego, tiene el arielismo como presupuesto afectivo el entusiasmo de puro linaje espiritual. Y la idealidad en que se funda no debe confundirse con el idealismo gnoseológico o metafísico (ya Ardao lo establecía) ni con un ideal determinado: la idealidad que Rodó predica dúctilmente no se resuelve en doctrina o sistema; implica todo elevado sistema o doctrina, como la luz a los colores o las alas al vuelo. Cabe sobre todo recordar que el arielismo, o privanza de *Ariel*, encuentra en el mismo opúsculo clave explícita —vide el antepenúltimo párrafo de la introducción y el penúltimo del discurso de Próspero, sobre el simbolismo del genio epónimo—.

¿Proteísmo? Si el vocablo se liga al "numen del mar", el ciclo respectivo lo ilustra acabadamente. *Motivos de Proteo* se desarrolla entre dos virtuales paréntesis aforísticos: "Reformarse es vivir" y "Cambiar sin descaracterizarse". Por su parte, los *Nuevos Motivos de Proteo* —hoy los *Otros Motivos de Proteo*— se cifan, no ya a un precepto, sino a una diversificación del mutatis mutandis: con las pautas de la "transformación genial", especialmente. Rodó, insisto, filósofo del cambio, por la índole de su pensamiento y la variedad de su estilo, es al par proteísta y proteico.

Rodó jamás predica el cambio por el cambio; el que proclama es empresa, en que colaboran, con la necesidad, la voluntad y la esperanza. De ahí el optimismo final, un "optimismo con ráfagas", un optimismo heroico: enaltecido en el cuerpo a cuerpo con el dolor y en el asombro inagotable ante el misterio del mundo, lejos, por tanto, de la tradición positivista.

Verdadero maestro, Rodó alecciona: tanto al hombre próximo —o al prójimo— como a estos pueblos nuevos. Y el cambio, para el ser individual o colectivo, consiste en formarse o reformarse —designio del primer *Proteo*— o transformarse —designio del *Proteo* póstumo, que encara con vaivenes temáticos el apareamiento de una segunda personalidad, flotante

(el "alma nueva" de la creación genial), a la personalidad cotidiana. Se engañaría quien concibiese los tres verbos referidos como categorías incommunicables: también la reforma se da en el *Proteo* póstumo como la transformación en el *Proteo* original.

El proteísmo —acabo— supone la necesidad del cambio que no excluye el concurso efectivo de la conciencia, tanto para el ser individual (*Proteo*) como para el colectivo (*Ariel*), aunque estas dos formas reconozcan leyes comunes y delicados puentes.

Si Rodó es el filósofo del cambio, no parecería que pudiesen usarlo o desgastarlo quienes entre nosotros practican o recomiendan el inmovilismo. Si el inmovilismo sirviese, aún crearíamos el cuerpo personal en las tolderías o aventuraríamos los pulmones en el aire anacrónico del Montevideo colonial, mera plaza fuerte o rala guarnición española. Y si al inmovilismo agregásemos el frenesí folclórico, más el horror por lo foráneo, foráneos tendríamos que declarar, por ejemplo, dada la génesis del pensamiento respectivo, a tres José culminantes: Artigas, Varela, Rodó.

Conviene indicar lealmente que tampoco el último debe ser anexo a ninguna comunión política. Pero en él lo grande no es el apego circunstancial a una menuda problemática de campanario, así la que representa el anticolegialismo, sino la iluminada certidumbre del cambio como ley de la vida.

Puede concluirse algo más. Si Rodó señala "el ritmo sosegado y constante" de las mudanzas impuestas por el tiempo (*Motivos de Proteo*, III) y cifra en ello la auténtica imagen de su modalidad personal, también incluye en el ámbito de lo posible y aun de lo necesario las mudanzas violentas e inesperadas. Con tersa energía consagra "la heroica eficacia de la revolución, bélica enviada de Proteo a la casa de los indolentes y al encierro de los oprimidos" (*M. de Proteo*, CLVI). "La heroica eficacia de la revolución..." Esas palabras intrépidas quedan vibrando en la memoria como flecha en el blanco.

—¿EN qué rasgo puede palpase la permanencia de Rodó?

—Tal vez Rodó pueda considerarse el uruguayo más admirado, sobre todo en el extranjero. Aquí, si las nuevas promociones aún no lo conocen bastante, siguen en cambio manoseándolo tercamente inevitables admiradores, que lo explotan como inerte proveedor de frases ingeribles en indigeribles discursos.

De cualquier modo, él tiene lo indispensable: obra viva. Acaso dentro de siglos, en el año 3971, por ejemplo, se le valore sin cataratas críticas, como a uno de los fundadores de la literatura en nuestra América y aun como creador de nuestra América misma.

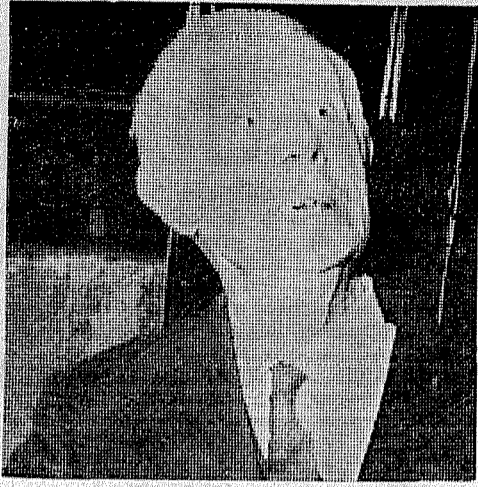
—¿QUÉ valoración podría hacerse hoy de su obra?

—Estoy preparando un nuevo ensayo sobre Rodó para los *Cua-*

(Pasa a la página siguiente.)

HUGO D. BARBAGELATA

un preclaro sobreviviente



A la edad de ochenta y seis años —había nacido el 2 de julio de 1885— falleció en Montevideo, el día 15 último, el escritor e historiador Hugo D. Barbagelata. Residente durante largas décadas en París, donde cumplió la mayor parte de su labor intelectual, había regresado a su país hace dos años, donde vivió sus últimos días en completo retiro, pero conservando hasta el fin su clásica lucidez mental.

Preclaro sobreviviente de una generación preclara, enriqueció la cultura nacional y ensanchó internacionalmente el nombre del país, con una excepcional y dilatada obra de publicista que cubre exactamente sesenta años: los que corren de 1906 a 1966.

Índice del prestigio que alcanzó puede ser la mera mención de algunos de los prologuistas de sus obras. Entre los latinoamericanos, Rodó, Darío, Manuel Ugarte, Francisco García Calderón; entre los europeos, Francis de Miomandre, B. Mirkin-Guetzévich, Jean Sarrailh.

En cuanto a la obra misma, escasamente conocida en el país por las generaciones actuales, nada puede dar mejor idea de la misma, en esta breve noticia, que la mención de los títulos que la componen. Se reparten en dos grandes sectores: historia y literatura.

OBRAS HISTÓRICAS:

- El centenario de la reconquista, Montevideo, 1906, 62 pp.
- Bolívar y San Martín, París, 1911, 96 pp.
- Artigas y la revolución americana, París, 1917, 406 pp. (2ª ed., 1930).
- L'influence des idées françaises dans la révolution et l'évolution de l'Amérique Espagnole, París, 1917, 48 pp.
- Un précurseur de la indépendencia, París, 1919, 32 pp.
- Napoléon et l'Amérique Espagnole, París, 1922, 40 pp.
- Para la historia de América, París, 1922, 192 pp.
- Jacques Liniers et la reconquête de Buenos Aires, París, 1927, 50 pp.
- Sobre la época de Artigas, París, 1930, 176 pp.
- Histoire de l'Amérique Espagnole, París, 1936, 326 pp. (2ª ed., 1949).
- La presse de l'Amérique Latine, París, 1937, 12 pp.
- La Révolution Française et l'Amérique Latine, París, 1937, 88 pp.
- Quatre héros uruguayens, París, 1964, 66 pp.
- Universalité actuelle de la renommée d'Artigas, París, 1966, 15 pp.

OBRAS LITERARIAS:

- Páginas sudamericanas, Barcelona, 1909, 240 pp.
- La literatura uruguaya, en colaboración con Ventura García Calderón, Nueva York-París, 1914, 128 pp.
- Epistolario de José Enrique Rodó, París, 1917, 104 pp.
- Pages choisies de José Enrique Rodó, París, 1918, 206 pp.
- Una centuria literaria (Poetas y prosistas uruguayos, 1800-1900), París, 1924, 492 pp.
- De París a Lima a vuelo de pájaro, París, 1925, 116 pp.
- La literatura hispanoamericana, Montevideo, 1938, 104 pp.
- Deux contes de notre Amérique, París, 1938, 24 pp.
- La novela en Hispanoamérica, Montevideo, 1946, 12 pp.
- La novela y el cuento en Hispanoamérica, Montevideo, 1947, 313 pp.
- Rubén Darío et José Enrique Rodó, París, 1958, 36 pp.
- Les grands romantiques français et le modernisme en Amérique Latine, París, 1961, 88 pp.

A esos dos grupos cabe todavía agregar un estudio de derecho internacional: *Frontières*, París, 1911, 96 pp.

Tanto como su obra, el hombre que él fue, austero, laborioso, hidalgo, merece, por encima de todo otro homenaje, el del conocimiento y el estudio. Tal homenaje, aparte lo que tiene de justicia, es además una deuda con la cultura nacional.

POR notable coincidencia, Hugo D. Barbagelata dejó de existir el mismo día del centenario del natalicio de Rodó, de quien fuera discípulo y amigo y a quien guardara una honda veneración. Lúcido y consecuente hasta el fin, pocas horas antes de morir dictó, firmándolo con pulso todavía firme, el siguiente mensaje que fue escuchado con profundo recogimiento en el Paraninfo de la Universidad:

Montevideo, 15 de julio de 1971

Señores organizadores del homenaje a Rodó
Distinguidos compatriotas:

Impedido a causa de una dolencia que me obliga a guardar cama, de asistir al acto solemne por el que se conmemora en el aula magna de nuestra universidad el centenario de Rodó, deseo por estas líneas expresar mi adhesión, tanto como mi sincera y profunda satisfacción.

Tuve el honor de ser amigo personal de este gran uruguayo y gran americano, y como tantos otros en nuestro continente lo reconozco con orgullo como mi maestro y permanezco fiel y agradecido a sus lecciones. ¿Cómo no congratularme de que en nuestra amada patria se le rindan los homenajes que tan ampliamente merece?

Hace algunos años, en conferencia que pronuncié en la embajada de Chile en París, luego de recordar que en 1941 un congreso de estudiantes reunido en Chile, donde estaban representadas veinte universidades de nuestros países, había proclamado a Rodó "Maestro de las juventudes del continente", hube de admitir que las nuevas generaciones y en particular aquellas que atraen los "ismos", más seductores cuanto más nuevos, habían relegado algo su nombre y su magisterio.

Tengo la dicha de poder comprobar hoy, que, llegada la hora de "la revisión y la selección", que entonces auguraba, su obra vuelve a revelar toda su originalidad y su carácter ejemplar.

RODO...

(Viene de la página anterior.)

dernos de *Marcha*, en el que tentaré la valoración de su pensamiento y de su arte, categorías que en él como en nadie se equilibran. Vaz Ferreira, por ejemplo, no alcanza en el arte la altura que acredita en el pensamiento. Aunque es también un escritor y un gran escritor, Reyles interesa más por su arte que por sus ideas, aunque sus libros últimos, entre los ajenos a la narrativa, tengan rara excelencia en el orden del pensamiento. Rodó atrae, sin parangón posible en estas latitudes, por el increíble consorcio de la profundidad y la belleza. Pero postergo, por hoy, el nuevo análisis posible.

¿ALGUNOS aspectos de la vida de Rodó, que merezcan recordarse por su importancia o por el desconocimiento que tenemos de ellos?

Subordinando la noticia biográfica al conocimiento o reconocimiento de la obra, puede ser legítima una respuesta, aun restringida al mínimo impuesto por una charla informal y rápida como la presente.

Era el octavo y último hijo (no el séptimo) de padres ya viejos cuando lo engendraron. Nació en una casa de la calle Treinta y Tres, que no es la que actualmente allí se levanta en el número 1287. Fue llamado José en memoria de un hermano muerto a los diecisiete años, varios antes de que el futuro escritor viese la luz. También antes una hermana había muerto en plena adolescencia. La madre enviudó en 1885 y el hogar conoció entonces la escasez. José Enrique Camilo —según la fe de bautismo, redactada el 5 de octubre de 1871, nacido el precedente 15 de julio— ya tenía en esos momentos cabal conciencia de su vocación literaria. Sufrió después lo indecible cuando tuvo que encadenarse a una curiosa Oficina de Impuestos de Guerra, y más tarde al Banco de Cobranzas, porque él quería estudiar y escribir. Empeñado, solitario confidente del papel, compone un diario íntimo en que se queja de un pariente y certifica la propensión al llanto oculto. Imposible seguir su vida desde entonces, aunque ésta no abunda en hechos notables. Hace tiempo —en una conferencia que resumió fidedignamente "El País" del 8, 10 y 12 de enero de 1948—, anticipé datos desconocidos, que muchos reiteraron desde entonces, por lo común omitiendo la fuente: así las crisis íntimas de este incógnito llorador —la más grave acaeció en plena gloria a principios de 1906—; así, una estupefante carta al dictador-presidente general Máximo Santos, carta que no fue enviada pero que exhibe a Rodó, muchacho de quince años, como precoz y sorprendente director de conciencias: apostrofando al déspota herido por el disparo de Ortiz, desautoriza la violencia pero expresa al baleado tirano su desprecio y la convicción de que siempre es baldío para la opinión pública el posible arrepentimiento de los malvados. Adelanté lo esencial del texto en un folleto de 1947: *Originales y documentos de José Enrique Rodó*, a par de otros fragmentos epistolares, pertenecientes a cartas remitidas por José Enrique a Luisa Gurméndez, una rubia ojinegra. Ésta fue el gran amor de su adolescencia, casi de su niñez (pude así probar que el corazón del elegido no estaba en blanco) y ya maduro, en 1911, volviendo los ojos hacia los días corridos entre 1886 y 1890, evocó en sus *Bosquejos para los Nuevos Motivos* a la niña que amó con desesperada solemnidad. Como antes y después en versos inevitables, le dice en una carta, sin tutearla siquiera, dando al beso codiciado respetuoso domicilio y con unción becqueriana: "¡Es que yo le diría... teniéndola a mi lado o de rodillas a sus pies, estrechando una de sus manos entre las mías, que la amo, que la adoro... poniendo mis labios sobre su frente pura!" Suspenso este asomamiento a los años de

aprendizaje. A los últimos correspondientes de una semblanza que esbocé en mi revista *Fuentes*, glosando una fotografía de Rodó en la cédula policial, obtenida en vísperas del viaje inesperadamente definitivo y usada por Augusto Torres cuando le encomendé un retrato del autor para la pinacoteca literaria del finado I.N.L. A.L.:

"Aquí está su imagen, en la cédula, de perfil y de frente: laxo y carnoso el rostro, el «cutis blanco», con alguna excrecencia que el lente policíaco no perdona; los ojos fijos, casi inexpresivos, de color «castaño», tras las gafas civiles; las cejas finas, enarcada la izquierda con recelos de hombre tímido; mal peinado el cabello «rubio obscuro»; alta la línea frontal que alguien describiera deprimida; mediano el pabellón de la oreja; apenas corva la nariz y no pequeña; abundante el bigote y buido, con cierta asimetría, sobre la boca, en parte oculta, de labios regulares, aunque algo salientes; el mentón ancho pero sumido; el cuello corto, amplios y declinantes los hombros. Pese a la atonía del gesto, su fealdad, que no llega a ser ingrata, deja trascender un aire de grave y hasta ingenua nobleza. Era alto («Estatura 1m81», reza escuetamente el documento). Y distraído, corresponde añadir, como olvidado de su edad (según lo comprueba la cédula, expedida el 7 de julio de 1916, donde se le atribuyen cuarenta y dos años, cuando iba a cumplir cuarenta y cinco). Y ese olvido del tiempo, alma adentro, no descarta una absorta memoria, piel afuera, como de hombre marchito prematuramente." (*Fuentes* n° 1, Montevideo, agosto de 1961, pág. 45.)

SU fealdad... Sí, Rodó, como en "Un voyage à Cythère", pudo rogar:

"Ah! Seigneur! donnez-moi la force / et le courage / de contempler mon cœur et mon corps / sans dégoût!"

Alto, arrítmico físicamente, en contraste con los privilegios órficos de su verbo, era austero con sencillez, recto y honrado hasta lo increíble, veraz como nadie y bueno como pocos.

Recojo, para concluir, un par de precisiones contenidas en la conferencia mentada hace un instante: "Hallé entre sus papeles, verdadero bric a brac documental, un boleto de impuesto fechado en 1888, por el que sabemos que Rodó tenía un «perro de color picaso [sic]». No es difícil imaginar al tímido adolescente por las calles de Montevideo, extendiendo la mano para establecer niveles y gobernar con gozo las efusiones de su can saltarín. Otro signo de su cordial comunicación con los seres irracionales me fue transmitido por su hermana Julia: José Enrique (Pepe), ya hombre célebre, solía jugar con un gorrión criado en la casa de la calle Cerrito; riendo enternecido, lo hacía andar por el puño almidonado de su camisa mientras le acercaba con la otra mano un terrón de azúcar, que el pájaro picoteaba subiéndolo a la blanca superficie ofrecida o corriendo alrededor de la mesa. Asocié entonces el gorrión y el puño almidonado, sintiendo que sobre la tiesura y la solemnidad de Rodó en el trato social, se paseaba con secretas dulzuras una inocencia intacta. Y recordé asimismo lo que me refirió Ricardo Rojas. Éste vino a Montevideo y dio aviso de su llegada a Rodó, quien fue a saludarlo, decoroso y cortés, con traje de circunstancias, los puños célebres y un coche de caballos en el que se entregó a la tarea de agasajar ceremoniosamente al argentino." Dejo a un lado, en cambio, otras precisiones que ya formulé en ocasiones distintas —incluso en *Cuadernos de Marcha*, número 1— sobre las insospechadas crisis de un Rodó agónico, solo, atormentado, presa durante doce años de usureros feroces, glorioso y pobrísimo, forzado del periodismo y la política para pagar lo que debía o creía deber. Conquistó su libertad para partir. Y salió hacia Europa, aunque el puerto final no fue el previsto.

JORGE RUFFINELLI